

sas, les persuadió que en otros puntos podría suceder lo mismo. Los agentes secretos, los comerciantes que iban con frecuencia de Holanda á Bélgica, los belgas perseguidos por la policía francesa, les dieron las mismas esperanzas, diciéndoles que si las tropas aliadas marchaban rápidamente contra Amberes, Bruselas, Gante y Brujas, hallarían por todas partes la misma predisposición á sublevarse contra el gobierno que hacía quince años les oprimía con las quintas, los derechos reunidos y la guerra marítima; que además hallarían las plazas sin armamentos, sin guarniciones y sin víveres; que la magnífica flota de Amberes pertenecería á quien quisiera llevársela, y que por consiguiente con sólo dar un paso estaba todo conseguido.

No era menester tanto para excitar las pasiones británicas y determinar al gobierno inglés á que tomara nuevas resoluciones más decisivas. En el acto se prepararon refuerzos destinados á Holanda, se dió al general Graham y á los generales prusianos y rusos la orden de marchar unidos contra Amberes; y se pidió con urgencia á Bernadotte, que cesara de ocuparse de la Dinamarca, y pasara con todas sus fuerzas á los Países-Bajos, dejando á la coalición el cuidado de asegurarle la Noruega, que se le había prometido. Por último, se dieron nuevas instrucciones á lord Aberdeen relativas á las bases de la paz futura.

Las proposiciones de Francfort, especificadas como lo habían sido en la nota remitida á Mr. de Saint-Aignán y las cartas posteriores de Mr. de Metternich, disgustaron mucho en Londres, donde no había, como en Francfort, el sentimiento del peligro á que se exponían pasando el Rhin. Estaban maravillados con la campaña terminada en Leipsick, y no comprendían la detención en medio de un camino que parecía tan hermoso y á cuyo término se descubrían tantas ventajas. Dejar á la Francia sus límites, el Escalda y Amberes, parecía muy duro á la Inglaterra, y así consideraba como un deber de los aliados el libertarla de la presencia importuna y amenazadora de una escuadra francesa en Flesinga. La Rusia no había querido tener delante de sí al gran ducado de Varsovia; la Alemania entera no había querido á los franceses en Hamburgo, Bremen y Magdeburgo, y el Austria tampoco había querido sufrírselos ya en Laybach y Trieste. Todos estos deseos habían quedado satisfechos. ¿Había de ser Inglaterra la única potencia que no viera cumplidos los suyos? ¿No tenía derecho á pedir que se continuara la guerra si con algunos esfuerzos más podía libertarse de la presencia de los franceses en Amberes? Los políticos ingleses no aprobaban sin duda los proyectos subversivos de la coalición, como el destronamiento del rey de Sajonia y Dinamarca, pero adoptaban entre estos proyectos los que convenían á la Inglaterra; aquellos que debían hacer retroceder á la Francia de Gorcum á Lille, ó al menos de Gorcum á Bruselas y á Gante. Reconquistando Amberes y Flesinga, había una combinación que agradaba á la Inglaterra, cual era la de hacer á la Holanda muy poderosa, á fin de que pudiera oponer más resistencia á la Francia; así como hubieran deseado que la casa de Orange pudiera reunir á las Provincias-Unidas los Países Bajos austríacos. Esta combinación concluyó por ser el deseo constante de la Inglaterra, después que la insurrección espontánea de Holanda, que pronto, según decían, iba á ser imitada

por la Bélgica, había descubierto la posibilidad de ganar terreno en las ventajas alcanzadas contra Napoleón.

Las instrucciones en que lord Aberdeen se había apoyado para adherirse á las proposiciones de Francfort, eran ya un poco antiguas. El gabinete británico las reformó y recomendó á su ministro que no se considerase como ligado por las proposiciones de Francfort. Le señalaron como condiciones formales de la Inglaterra la continuación de la guerra, el restablecimiento de los límites de 1790 para la Francia, y un silencio absoluto en los futuros tratados de paz sobre los derechos marítimos. No se dijo que se continuara la guerra hasta destronar á Napoleón, aunque ese resultado correspondiera á los sentimientos secretos del pueblo inglés, y no se dijo, porque se habían comprometido á tratar con el jefe del imperio francés y habría habido una inconsecuencia chocante en retroceder en los compromisos contraídos; pero se declaró de una manera absoluta que era preciso continuar la guerra hasta encerrar á la Francia en sus límites de 1790.

Encargaron á lord Aberdeen la seducción de las potencias continentales mediante el incentivo del dinero, que tanto necesitaban, y le encargaron también que les compraran la escuadra de Amberes, si es que conquistaban esa plaza, lo que representaba medio año de subsidios.

Por último, para ganar al Austria en particular, al Austria cuyos celos contra la Rusia vislumbraban ya, se encargó á lord Aberdeen que dijera á Mr. de Metternich que si en algunas particularidades se guardaban consideraciones á la Rusia, en el conjunto de las cosas se pondrían á favor del Austria, porque casi en todos los puntos estaban de acuerdo con ella, en atención á que preferían sus sabios consejos á las extravagancias de ciertos exaltados; pero que en cambio era preciso que ella se pronunciara por la constitución de un gran reino de los Países Bajos, que se extendería del Texel hasta Amberes. Tales eran las instrucciones que se expidieron á la legación británica en el momento en que Napoleón se decidía demasiado tarde á aceptar pura y simplemente las proposiciones de Francfort.

De este modo, el mes perdido para nosotros de noviembre á diciembre había dejado á todos tiempo para aconsejarse, sobre todo á la Inglaterra, que, alentada por la insurrección de Holanda, concibió la esperanza de quitar á la Francia, no sólo el Texel, sino Amberes. Sin duda alguna una adhesión inmediata y categórica dada el 16 de noviembre habría colocado á los aliados de Francfort en un apuro del que habrían salido difícilmente; inútil es decir que cuando llegaron á Francfort esas nuevas instrucciones encontraron bien preparados á todos los ánimos. Todos los que querían marchar sin detenerse hasta que se hubiese destruído á Napoleón habían tomado la delantera y pedido que no se hiciera caso ninguno de las proposiciones hechas á Mr. de Saint-Aignán. El emperador Alejandro estaba totalmente dispuesto á secundar estas miras por resentimiento contra Napoleón y por orgullo. Hacer una entrada triunfal en París era un desquite de la ruina de Moscov, que le transportaba de júbilo. El conde Pozzo le excitaba repitiendo que lo que había pasado en Holanda se vería en Bélgica y aun en Francia si se apresuraban, si atrevidamente se pasaba el Rhin, si, en una palabra, no se de-

jaba respirar al enemigo común. Los prusianos, siempre instigados por el odio, querían absolutamente que se marchara adelante; Blücher decía que, si se lo permitían él solo penetraría en París. Hasta los austríacos, aunque temiendo los peligros que podían encontrar al otro lado del Rhin, no desconocían las considerables ventajas que podrían recoger en esta empresa. Mientras la Inglaterra debía ganar Amberes para la casa de Orange, ellos ganarían la Italia para sí mismos y sus archiduques. No faltaban, pues, motivos para continuar la guerra, aunque al temor de nuevos azares se juntaba el disgusto de ceder á la preponderancia mal disimulada de los rusos, y á la violencia brutal de los prusianos. Pero había en esa cuestión una razón decisiva para ellos como para todo el mundo, y era el deseo de la Inglaterra que pagaba la coalición; que por sus victorias en España había adquirido una importancia continental que no tuvo nunca; que además poseía una marina omnipotente, y que por fin, manteniendo la balanza entre ambiciones contrarias, podía hacerla inclinar del lado de aquellas que favoreciera. Por consiguiente, se decidió proseguir la guerra sin descanso: la Prusia por venganza, la Rusia por vanidad, el Austria por una interesada consideración hacia la Inglaterra, la Inglaterra por los diversos motivos relativos al Escalda, y todas por la fuerza de las cosas que aconsejaban llevar hasta su fin una lucha tan antigua, encarnizada é implacable. El 10 de diciembre Mr. de Metternich respondía á la nota por la cual Mr. de Caulaincourt se había adherido pura y simplemente al mensaje de Mr. de Saint-Aignán, que la Francia había aceptado tarde las proposiciones de Francfort, pero que sin embargo él iba á comunicar á los aliados esa tardía aceptación. No declaró si después de estas comunicaciones serían interrumpidas las operaciones militares, y como no se había convenido, después del rompimiento del congreso de Praga, que las negociaciones, en el caso que se continuaran, suspenderían la guerra, se podría marchar adelante sin violar ningún compromiso, con tal que se prosiguieran las negociaciones pacíficas. De este modo, pues, la supuesta comunicación de la respuesta francesa á las cortes aliadas dejaba tiempo para obrar sin una grande inconsecuencia.

No obstante, puesto que la Inglaterra quería proseguir la guerra con un interés particular suyo, natural era que ella pagase los gastos de esta última campaña; y como faltase el dinero á todas las partes beligerantes para esos armamentos enormes, se decidió que se le darían nuevos subsidios, y para hacerle conocer su extensión y demostrarle la necesidad de ellos, se le mandó un hombre que desempeñaba ya un papel importante en los consejos de la coalición, el conde Pozzo. Este partió para Londres, á fin de llevar al ministerio británico el presupuesto de esta campaña de invierno.

Mas en la hipótesis de volver inmediatamente á continuar las operaciones, el plan que se tenía que adoptar suscitaría numerosas cuestiones y podría producir graves disidencias en una coalición donde los intereses y el amor propio estaban ya muy divididos, y donde sólo la imperiosa necesidad de conservación mantenía un acuerdo con frecuencia más aparente que real. A mayor abundamiento, las fuerzas coligadas se hallaban considerablemente reducidas por lo encarnizado de la lucha y estaban también diseminadas por la diversidad de fines

que cada uno tenía á la vista. Había sido preciso dejar atrás para el bloqueo de las plazas del Elba los cuerpos de Kleist, Klenau, Tauenzien y Benningens, que todos habían tomado parte en la formidable batalla de Leipsick. Bernadotte con los suecos, con los prusianos de Bulow y con los rusos de Wintzingerode, bajo el pretexto de hacer frente al mariscal Davout se había apartado del objeto principal á fin de arrebatar la Noruega á los daneses, lo que exasperó á los austríacos, protectores de estos últimos, é hizo concebir dudas sobre la buena fe de Alejandro, acusado de proteger de un modo encubierto á Bernadotte, mientras le vituperaba públicamente. Apenas se había podido conseguir del nuevo príncipe sueco una ayuda para contribuir al restablecimiento de la casa de Orange. No quedaba ya sobre el Rhin más que el ejército del príncipe de Schwartzberg, acantonado desde Francfort á Basilea, y el del mariscal Blücher, situado de Francfort á Coblenza, teniendo en sus filas á los bávaros, los badenses y los wurtembergueses. Después de la unión de estos últimos y las pérdidas de la campaña, se calculaba que los ejércitos contenían de doscientos veinte á doscientos treinta mil hombres disponibles inmediatamente. Bien es verdad que, yendo nuevos contingentes alemanes á reemplazar las tropas que bloqueaban las plazas, y habiendo sido llamado Bernadotte, para ayudar al fin común, se podían poner aún sobre el Rhin doscientos mil hombres; es verdad también que esperaban poder sacar muchos reclutas de Polonia, Prusia y Austria, que se tenían setenta mil hombres en Italia, y cien mil en la frontera de España, y que por consiguiente se podía atacar con seiscientos mil hombres á la Francia en marzo y abril; pero por entonces no había más que doscientos veinte mil hombres, de ellos ciento sesenta mil austríacos, prusianos, rusos y bávaros, á las órdenes del príncipe de Schwartzberg, y sesenta mil prusianos, rusos, wurtembergueses, hessenses y badenses al mando del mariscal Blücher. Pasar el Rhin, por delante de Napoleón, con semejantes fuerzas era una cosa atrevida; pero, según noticias, no había más que ochenta mil hombres, y así no se creyó imprudente presentarse á él con doscientos veinte mil. Aún se hubiera tenido más resolución si se hubiese sabido que sólo le quedaban sesenta mil hombres para oponerse á una invasión repentina.

Sin embargo, en Francfort, los más distinguidos personajes tenían por muy equívocos los detalles dados por los agentes de la coalición y no podían creer que Napoleón no tuviera lo menos cien mil hombres disponibles. Por esto insistían en conducirse con suma prudencia al tratar de penetrar en Francia, para lo cual había muchos planes. Los prusianos y los rusos tenían uno, los austríacos otro, y todos estaban dominados, como acontece ordinariamente en la guerra, por el deseo de atribuirse el grueso de las fuerzas para constituirse así en el centro de las operaciones.

Los prusianos querían que después de reunir por su parte ciento ochenta mil hombres de los doscientos mil, se pasase el Rhin entre Coblenza y Maguncia, en tanto que otro cuerpo lo pasara entre Maguncia y Estrasburgo; que se avanzase atrevidamente al centro de las plazas que cubren esta parte de la Francia, como Coblenza, Maguncia, Landau y Estrasburgo, en primera línea, y Mezieres, Montmedy, Luxemburgo, Thionville y Metz

en segundo término; que se tomaran bruscamente si los franceses sólo habían dejado en ellas cortas guarniciones; que si, por el contrario, para guardarlas mejor, habían debilitado su ejército activo, se aprovecharan de esa disminución para caer sobre el ejército, perseguirle y hacerle retroceder hacia París, dejando las plazas, que se tendría tiempo de sitiar más tarde, con los cuerpos procedentes del Elba. El estado mayor prusiano consideraba este modo de operar como el más metódico y atrevido, pues en un caso se tomarían las plazas donde se crearía un punto de apoyo marchando, y en el otro se llegaría quizá á París en pocas jornadas. Los austriacos tenían otro plan, dictado también por fines particulares, pero bien combinado á juzgar por el resultado. Consideraban imprudente el aventurarse en ese laberinto de fortalezas que hay desde Estrasburgo á Coblenza, y de Metz á Mezieres; decían que eso era *coger al toro por los cuernos*, y sostenían que sin debilitarse para guarnecer las plazas, Napoleón se limitaría á ponerse al abrigo de un golpe de mano, y que se le encontraría maniobrando entre ellas con sus fuerzas concentradas, y pronto á caer sobre el ejército de la coalición, que se desmembraría más para bloquear sus plazas que él para defenderlas. Bajo este concepto proponían un sistema de operaciones diametralmente opuesto. La parte débil de la Francia, según ellos, no estaba al Nordeste de Estrasburgo á Coblenza y de Metz á Mezieres, por donde varios ríos é inmensas fortificaciones la defendían, sino enteramente al Este á lo largo del Jura, donde contando con la neutralidad suiza no había pensado jamás en levantar defensas. Era preciso, pues, marchar hacia Basilea y pasar el Rhin que no se huela nunca por ese punto, atravesar la Suiza, que pediría en masa su libertad, y atacar por ahí á la Francia, lo que les reportaría grandes ventajas, como, por ejemplo, separarla de Italia, privarla de los socorros que podría recibir si Napoleón llamaba al príncipe Eugenio, y por último, aislar á este príncipe que habría de sucumbir por el hecho de su aislamiento.

Fácilmente se adivinarán los motivos que merecieron á este plan, ya de mucho valor en sí, las preferencias del Austria. Esta quería entrar en Suiza para restablecer su influencia y privar, no á la Francia de los socorros de Italia, sino á la Italia de los socorros de Francia.

La Suiza se hallaba en un estado extraordinario de fermentación y dispuesta á conducirse como la Holanda, con esta diferencia, sin embargo, que había en ella un partido francés muy fuerte que representaba intereses muy positivos y legítimos. Los cantones en otro tiempo dominadores, que eran lo mismo los democráticos que los aristocráticos, pues la ambición no es menos inherente á un principio que á otro, se lisonjaban de recobrar los países sujetos. Los pequeños cantones aspiraban á poseer como antes las bailías italianas, la Valtelina y el Valais. Berna aspiraba á poseer el país de Vaud, la Argovia y el Porentruy, y las familias aristócratas soñaban en su antiguo predominio sobre la clase media. Pero, por el contrario, los países en otro tiempo sujetos, las clases antes oprimidas no querían de ningún modo entrar otra vez bajo el poderío de sus antiguos amos: tristes divisiones que Napoleón había hecho cesar por el acta de mediación. Desgraciadamente el acta de mediación, digna del tiempo en que

concluyó el concordato, la paz de Amiéns y la paz de Luneville, fué echada á perder en breve como las demás por su genio invasor. Había llenado la Suiza de aduaneros y de soldados, y tenía ocupado el Tesino por un destacamento del ejército de Italia, lo que era un argumento muy especioso contra la neutralidad suiza.

Además, bloqueando estrechamente la Suiza, para impedir en ella el fraude comercial, había hecho bajar en ciertos cantones manufactureros el precio de los jornales de 15 sueldos á 5, y reducido á la Suiza casi á la miserable condición de la Holanda. Sin embargo, estos males no habían podido hacer olvidar á los países libres el interés de su independencia, y si había en ellos un partido del antiguo régimen que pedía la invasión extranjera, había otro partido nuevo que se oponía á ella fuertemente. La Suiza era la única comarca donde Napoleón no hubiese hastiado enteramente á los pueblos de influencia francesa y de los principios de nuestra revolución. La lucha era, pues, muy viva y obstinada entre los dos partidos. Los partidarios del antiguo régimen instaban al Austria para que entrara en su territorio, y ella no deseaba otra cosa que complacerles y adoptar una marcha que debía devolverla la Suiza restableciendo en ella su influencia aristocrática y la Italia dejándola aislada.

Los prusianos y los rusos decían contra este plan, que estaba dictado por un interés particular del Austria; que alejaba á la coalición de la vía más directa hacia París; que la exponía á dar un largo rodeo para llegar á Basilea, y por último, que implicaba una gran división de las más activas, pues no se podía menos de tener un ejército en los Países Bajos, y por consiguiente otro en Coblenza y Maguncia, lo que haría tres ejércitos con aquel que entraría por el Jura, facilitando así á Napoleón su maniobra favorita de batir separadamente al enemigo.

Los ingleses, que se inclinaban generalmente hacia los austriacos, contra los prusianos y los rusos, ofuscados ya con el imperio que había tomado Alejandro; que necesitaban especialmente la influencia del Austria para constituir el reino de los Países Bajos, y tenían empeño por otra parte en substraer á la Suiza de la influencia francesa, se mostraban favorables al plan del príncipe de Schwartzberg. El emperador Alejandro lo rechazaba por varias razones. Aunque en Francfort se hacían muchas protestas de fidelidad por temor de que se disolviera la coalición, y aunque Alejandro añadiera á ellas una coquetería de manera que, de inocente que había sido en su juventud, le hacía astuto con los años, muy á menudo se había estado á punto de romper, y sobre todo en una cuestión reciente, la de Bernadotte, á quien los ingleses acusaban de olvidar enteramente á la Holanda, y los austriacos de violentar á la Dinamarca, y á quien los rusos, aparentando que le desaprobaban, le habían alentado secretamente. Alejandro, cogido en flagrante delito de duplicidad, estaba incomodado principalmente con los austriacos, que en esta ocasión habían descubierto sus secretos. Además, aunque lisonjando en el seno de la coalición al partido ardiente que quería destruir hasta la última de las obras de la revolución francesa, lisonjaba al mismo tiempo á los polacos y á los liberales alemanes y suizos. De este modo era contrarrevolucionario con los unos y liberal

con los otros, tanto por cálculo como por volubilidad, sin embargo que se inclinaba entonces á las ideas liberales por oposición al despotismo de Napoleón y por la influencia de su educación. Con efecto, educado por un suizo, el coronel Laharpe, y habiendo tenido en su corte para la educación de sus hermanas ayas del mismo origen, había escuchado sus ruegos con sensibilidad, y había prometido que no permitiría jamás una contrarrevolución en Suiza. Esta cuestión había concluido por inquietar á los aliados sobre el mantenimiento de su unión. Entretanto Austria pronunciada por el plan que consistía en evitar las plazas marchando al menos hasta Basilea, y habiendo obtenido mayoría, gracias á los ingleses, prometió que no se violaría la neutralidad suiza, y que se limitarían únicamente á aproximarse á sus fronteras, añadiendo que si la Suiza se levantaba espontáneamente y llamaba á los aliados, no se podría rehusar el paso por unas puertas abiertas de este modo. Alejandro no había contestado positivamente á este razonamiento; se contentó con negar que la Suiza estuviese dispuesta á pedir la violación de sus fronteras, y había consentido en un movimiento general hacia Basilea bajo las condiciones indicadas.

Bajo este concepto del 10 al 20 de diciembre se arreglaron los detalles de la marcha al otro lado del Rhin. Se convino desde luego en que se proseguirían inmediatamente las operaciones militares sin detenerse en negociar; que Blücher, con los cuerpos de York, de Sacken y de Langerón, con los wurtembergueses y badenses, que componían un total de más de sesenta mil hombres, prepararía el paso del Rhin entre Coblenza y Maguncia, y avanzaría después entre las fortalezas francesas; que al mismo tiempo el grande ejército del príncipe de Schwartzberg, compuesto de austriacos, bávaros y rusos, y de las guardias prusiana y rusa, en todo unos ciento sesenta mil hombres, marcharía á la altura de Basilea, pasaría el Rhin por los alrededores de esta ciudad ó por la población misma si la Suiza quitaba todo escrúpulo abriendo por sí las puertas; y en fin, que se evitarían las defensas de la Francia, penetrando en ella por Huningue, Belfort y Langres. Adoptadas estas disposiciones principales, se rompió la marcha. Blücher se concentró entre Maguncia y Coblenza, el príncipe de Schwartzberg se dirigió hacia Suiza subiendo de Estrasburgo á Basilea, y los soberanos y los diplomáticos dejaron á Francfort por Friburgo.

La dieta suiza, llena en su mayoría de hombres entendidos y prudentes, que, aunque sintiendo los abusos de poder de Napoleón, tenían aún en la memoria sus beneficios, no querían ni una revolución ni una invasión extranjera. Había enviado agentes á París para pedir á la Francia que reconociera su neutralidad y había hecho desaparecer toda señal de los actos que hubiese podido hacer ilusoria esa neutralidad. Napoleón, obligado por las circunstancias á oír esas reclamaciones, había hecho retirar sus tropas del Tesino y había declarado después que consideraba la neutralidad suiza como un principio esencial del derecho europeo, que se comprometía á respetarla; y que no veía en su título de *mediador de la confederación suiza* más que un título conmemorativo de los servicios prestados por la Francia á la Suiza, y no un título que contuviera en sí un poder real.

La dieta, en vista de esta declaración, había despachado á dos diputados cerca de los soberanos para pedirles que á su vez reconociesen una neutralidad que la Francia admitía de una manera tan explícita. Al dar este paso, tomó una medida muy bien entendida si hubiese sido formal, consistente en reunir un ejército federal de unos doce mil hombres y situarlos de Basilea á Schaffhouse, bajo las órdenes de Mr. de Wateville. Mientras procedía de este modo, las principales familias de los Grisones, de los cantones pequeños y de Berna, habían enviado emisarios secretos á cada uno de los soberanos en particular para decirles que la dieta era una autoridad falsa, usurpadora, de la que no se debía hacer caso ninguno; que era preciso por el contrario atravesar inmediatamente la frontera helvética para ayudar á la autoridad verdadera única y legítima, la de los tiempos pasados, y restablecerla en favor de la coalición.

Así como había un doble lenguaje por parte de la Suiza, lo había también por parte de las potencias aliadas. En público se decía á los representantes de la dieta que se consideraba la neutralidad suiza como un principio importante del derecho europeo, que se atendería á conservarle inviolable en lo sucesivo, y que en el presente, sin tener seguramente el proyecto de faltar á él, no era posible comprometerse á respetar en todos los casos un principio tantas veces violado por la Francia y tan débilmente defendido por los suizos. Citaban en su apoyo la ocupación del Tesino, el título de *mediador* tomado por Napoleón, los regimientos al servicio de la Francia que habían recibido hombres recientemente, y por último la violación del territorio suizo que la división Boudet había hecho en 1813 para transportarse á Alemania. Por lo demás no se explicaban sobre lo que harían las tropas aliadas en consecuencia de estos precedentes, y se limitaban á establecer sus títulos sin declarar aún si querían prevalerse de ellos. Ocultamente se insinuaba á los Grisones, á los cantones pequeños y á los berneses que debían alzarse y echar abajo la dieta; que en este caso los aliados entrarían en Suiza, y les devolverían á su paso la Valtelina, los territorios italianos, el Valais, el país de Vaud y el Porentruy.

Las razones de los diplomáticos de la coalición no tenían gran valor, pues el Tesino estaba evacuado y su ocupación había sido todo lo más una insignificante represalia por hechos patentes de contrabando; el título de mediador era un acto de gratitud de los suizos y que no significaba dependencia ninguna hacia la Francia; la admisión, en fin, de los regimientos capitulados al servicio de diferentes potencias no había sido considerada en ningún tiempo como una violación de la neutralidad. Pero en aquel gran conflicto europeo, el derecho no era más que una vana palabra, y el 19 de diciembre, aunque repitiendo al emperador Alejandro que no se entraría en Suiza, si sus habitantes no lo deseaban, el príncipe de Schwartzberg se aproximó al puente de Basilea y tomó posición al frente de las tropas del general suizo de Wateville. El generalísimo austriaco contaba á cada instante con una insurrección en Berna á consecuencia de la cual la dieta sería disuelta, y una vez proclamada una nueva autoridad podría decir que había sido llamado por los suizos. Sin embargo, el príncipe de Schwartzberg, cansado de esperar,

el 21 de diciembre tomó sus medidas para atravesar el puente de Basilea, y el comandante de las tropas suizas, que consideró imposible resistir á la Europa armada, excusando su flaqueza en sus pocas fuerzas, hizo un simulacro de protesta y dejó el paso libre. Con esta noticia, el movimiento tan impacientemente esperado en Berna estalló, y la dieta, legítimamente establecida en virtud de una nueva constitución, justificada por doce años de una práctica acertada y tranquila, fué declarada disuelta. Iguales movimientos estallaron en diversos cantones, y prevaliéndose de esos movimientos que se habían protegido en vez de sofocarlos, operaron una flagrante violación del derecho de gentes. Sin embargo, los aliados hicieron una declaración anunciando que respetarían inviolablemente en lo sucesivo la neutralidad suiza, es decir, cuando no tuvieran ya necesidad de violarla, sino por el contrario cuando les fuese necesario que la respetaran todos.

El emperador Alejandro, á quien se había engañado y que supo algunos días después que los movimientos con que se escudaban en vez de preceder á la invasión la habían seguido, se resintió y hubo de irritarse en alto grado. Pero no podía quejarse, pues el Austria en esta ocasión le devolvía lo que él había hecho más de una vez, particularmente en la cuestión de los suecos contra los daneses. Además, peor era romper que ser engañado, y así se contentó con quejarse amargamente y con decir á los del país de Vaud y demás países sujetos que permanecieran tranquilos, porque él no permitiría que los volvieran de nuevo bajo el antiguo yugo. Los ejércitos aliados marcharon, pues, inundando la Suiza y el Franco Condado. Los bávaros se dirigieron hacia Belfort, los austriacos hacia Berna y Ginebra, para aproximarse, atravesando el Jura, hacia Besanzón y Dole. Blücher hacia Maguncia esperaba que los austriacos hubiesen acabado su largo rodeo para atravesar el Rin. Así el 21 de diciembre de 1813, día de funesta memoria, al cabo de veinte años de triunfos inauditos, por un terrible cambio de fortuna el imperio se encontraba invadido á su vez, y la Francia, que lejos de ser culpable había sido el paciente, la Francia, después de haber sufrido cruelmente por la falta, iba á sufrir ahora del mismo modo por la expiación, destinada de esta manera á ser dos veces víctima, primero del hombre extraordinario que la había gobernado con gloria, pero con dureza, y luego de los soberanos que venían á vengarse de él.

Temiendo sobre todo un levantamiento de los pueblos, los aliados al entrar en Francia pusieron un cuidado particular en tranquilizar los ánimos. De antemano en una declaración publicada en Francfort el 1.º de diciembre, se esforzaron en probar que ellos no querían atentar á la grandeza de la Francia.

El príncipe de Schwartzemberg antes de la entrada de sus tropas dió la proclama siguiente:

«¡Franceses!

»La victoria ha conducido á los aliados sobre vuestras fronteras y van á atravesarlas.

»No hacemos la guerra á la Francia, pero queremos arrojar lejos de nosotros el yugo que vuestro gobierno quería imponer á nuestros países, que tienen los mismos derechos que vosotros á su independencia.

»Magistrados, propietarios, labradores, permaneced en vuestras casas; el mantenimiento del orden público, el respeto á la propiedad particular, la disciplina más severa señalarán el paso de los aliados, que no están animados de un espíritu de venganza, ni vienen á devolver á la Francia los males sin cuento con que hace veinte años la Francia ha aniquilado á sus vecinos y á las comarcas más lejanas. Otras miras, otros principios que los que condujeron á vuestros ejércitos á nuestros hogares, presiden en los consejos de los monarcas aliados.

»Su gloria consistirá en poner un término lo más pronto posible á las desgracias de la Europa. La única conquista á que aspiran es la de la paz para la Francia, y para la Europa un verdadero estado de reposo: contábamos hallarle antes de tocar al territorio francés; hoy vamos á su encuentro.»

Al saber los acontecimientos de Holanda y las primeras maniobras de los aliados hacia los Países-Bajos, Napoleón conoció al momento el peligro de dejarse arrollar por aquella parte, pues lo que más le querían disputar era el país de las conquistas de la Francia, y para sostener la posesión de derecho era necesario al menos no haber perdido la posesión de hecho. Entonces se apresuró á mandar allí todas las fuerzas disponibles.

En un principio había querido, como hemos visto ya, conservar hasta la Holanda, no tanto por guardarla definitivamente como por hacer de ella un objeto de compensación. Pero como la Holanda se había libertado prontamente, envió tropas á marchas forzadas sobre el Wahal, y despachó al general Rampón hacia Gorcum con guardias nacionales organizadas en la Flandes francesa, para formar la guarnición de esa plaza. Además mandó al duque de Plasencia, hijo del tesorero, á Amberes, con orden de encerrar á la escuadra del Escalda en los diques y repartir los marineros entre la flotilla y las fortificaciones de la ciudad, y de reunir igualmente los depósitos vecinos, los quintos en marcha, los carabineros y los gendarmes que regresaban de Holanda. Ordenó al general Decaén, inútil ya en Cataluña, que pasara á Bélgica, á fin de organizar con la mayor prontitud posible el primer cuerpo, que se debía sacar, como queda dicho, de los depósitos del mariscal Davout. Conociendo, sin embargo, que este cuerpo no estaría organizado para acudir á tiempo á los primeros peligros y queriendo á todo trance salvar la línea del Wahal, Napoleón escogió en su guardia todos los hombres disponibles para encaminarlos hasta el Brabante septentrional. Sucesivamente había enviado al general Lefebvre-Desnoettes con dos mil hombres de caballería ligera; después á los generales Roguet y Barrois, cada uno con una división de infantería de la joven guardia, y, en fin, había dispuesto que el mariscal Mortier marchara á Namur á la cabeza de la vieja guardia. Si el enemigo no proyectaba en los Países Bajos más que una operación de invierno, Napoleón se lisonjaba de contenerlos, teniendo tiempo después para llevar su guardia al punto donde el peligro de la campaña fuera más grande. Si por el contrario las masas de los aliados se encontraban en Bélgica, la guardia se encontraría transportada al centro de las operaciones principales. Como los espíritus en Bélgica estaban muy agitados y muy dis-

puestos á imitar la conducta de los holandeses, Napoleón había enviado allí un buen oficial de gendarmería, acreditado ya por sus servicios en la Vendée, el coronel Henry, con el grado de general y algunos centenares de gendarmes escogidos en parte entre la gendarmería distinguida.

Estas fueron las primeras órdenes dadas á consecuencia de la insurrección de Holanda, hacia fines de noviembre. La noticia del paso del Rin cerca de Basilea el 21 de diciembre, sin consternar á Napoleón, le afectó vivamente, pues conoció al momento el pensamiento de sus enemigos; vió que ya no querían negociar con él, que las proposiciones de Francfort habían llegado á convertirse en lo que no eran al principio, es decir, en un cebo engañoso, gracias á la falta que había cometido de no coger la palabra á la coalición; que estaban resueltos á proseguir las hostilidades con energía aun durante el invierno, y que iban á tratar de concluir la guerra con los combatientes que quedaban de las gigantescas batallas de Dresde, Leipsick y Hanau. No había, pues, otra cosa que hacer sino defenderse de lo que quedaba de esas mismas batallas, añadiendo lo que pudiera reunir en uno ó dos meses.

Vemos, pues, que no era cosa ya de pasar el invierno y la primavera en levantar seiscientos mil hombres que los prefectos habían podido arrancar á nuestros desolados campos en los meses de noviembre y diciembre, y desgraciadamente su número no era considerable. El recurso á las tres antiguas quintas de 1811, 1812 y 1813, que habría debido producir ciento cuarenta mil hombres, había procurado solamente ochenta mil reclutas, buenos en verdad, y de las quintas más antiguas sólo se habían recogido treinta mil. Napoleón ordenó que todos se incorporaran al instante en los depósitos más cercanos, en los del antiguo cuerpo del mariscal Davout, situados en Bélgica, y otros en los cuerpos de Macdonald, Marmont y Víctor, repartidos á la orilla del Rin; prescribió al mariscal Marmont que no se dejara encerrar en Maguncia, sino que saliera y marchara al otro lado de los Vosgos, recogiendo en el camino á los quintos que llevaban orden de juntarse con él en Maguncia; ordenó al mariscal Víctor que saliera de Estrasburgo, dejando allí, además de los guardias nacionales que ya estaban, algunos cuadros de batallones con una parte de sus quintos, y que incorporase á los restantes en las filas del segundo cuerpo que tenía á su mando. Los quintos destinados á Italia fueron detenidos en Grenoble y Chambery, y reunidos en Lyon, donde Napoleón quería componer con los depósitos del Delfinado, la Provenza y la Auvernia un ejército que cerrara al enemigo las embocaduras de la Suiza y la Saboya. En fin, los quintos de Borgoña, de Auvernia, del Borbonés, el Berry, la Normandía y el Orleanés fueron encaminados hacia París, para entrar unos en la guardia y otros en los depósitos que iban á replegarse sobre la capital á la aproximación de las armas invasoras. Los quintos del Mediodía debieron continuar su marcha hacia Burdeos, Tolosa, Montpellier y Nimes, donde se formaban las reservas de los dos ejércitos de España.

Esta primera dirección que se daba á los ciento diez mil hombres que se había tenido tiempo de levantar, indicaba el empleo urgente que Napoleón se proponía hacer de ellos. Los cuerpos de Macdonald, de Marmont

y Víctor debían tomar el mayor número que pudieran, armarlos, uniformarlos, é instruirlos mientras se retiraban lentamente hacia París. Pero todo esto era apenas suficiente para retardar algunos días los progresos de la invasión. Napoleón se ocupó en crear un ejército de reserva junto á París, el cual se le iría reuniendo sucesivamente á medida que se fuera organizando. Este ejército debía componerse de los nuevos batallones de la guardia, que en parte se organizaban en París, y de los depósitos que hacían retroceder hacia la capital y que iban á llenar con los quintos de las provincias del centro. No se limitaron á reunir en París los depósitos que se replegaban de las márgenes del Rin, sino que llamaban del interior á todos aquellos que no eran necesarios en las fronteras del Este y Mediodía, para llenarlos igualmente con todos los hombres que hubiera tiempo de recoger. El anciano duque de Valmy, encargado durante mucho tiempo de la vigilancia de los depósitos del Rin, debió continuar cumpliendo esa misión entre el Rin y el Sena. Así pensaban poder formar dos divisiones de reserva destinadas al ilustre general Gerard, que se había distinguido tanto en las últimas campañas. Apenas llegados los quintos y colocados en sus respectivos cuadros, apenas armados y uniformados, estas dos divisiones debían ir adelante para juntarse con el ejército, organizándose é instruyéndose en marcha. Napoleón había creado en la capital talleres para hacer uniformes, y á fuerza de dinero multiplicó su actividad con el fin de tener dos ó tres mil equipos completos por día.

De la misma manera procedió con respecto á la caballería, que se necesitaba mucho para hacer frente á las innumerables bandas de cosacos que el enemigo iba á precipitar sobre la Francia. Hizo retroceder á Versalles á los depósitos de caballería que se encontraban entre las fronteras y París; reunió con ellos los de la Normandía y Picardía, así como también á los jinetes entrados á pie por Wesel, y dió las órdenes necesarias para equiparlos y montarlos. Los obreros de los guarnicioneros y de los fabricantes de coches de la capital, pagados en dinero contante, fueron empleados en hacer sillas y arneses. Los prefectos de los departamentos próximos debían embargar todos los caballos disponibles con el motivo bien legítimo de que se trataba de defender á la Francia de la invasión de los cosacos. Se publicó que todos los caballos propios para el servicio serían pagados en el acto en Versalles por el general comandante del depósito de caballería, y los gastos que el Tesoro no podía satisfacer inmediatamente fueron cubiertos á beneficio de la reserva particular de las Tullerías.

Por último, previendo Napoleón que se vería obligado á suplir á la infantería que le faltaba con mucha artillería, preparó trenes inmensos en Vincennes.

Las compañías de artillería que no eran necesarias en las plazas y el material de campaña que no era tampoco indispensable se encaminaron hacia Vincennes, donde, por los medios indicados ya, se debían reunir quintos, caballos y arneses y poner en estado de marchar de cuatrocientas á quinientas bocas de fuego.

Estas creaciones, por mucha que fuese la actividad que se empleara en acelerarlas, estaban lejos de corresponder á la extensión y proximidad del peligro. Doce á quince mil reclutas incorporados precipitadamente en